

Teodosio Fernández: “No somos nada”

EDUARDO BECERRA

Universidad Autónoma de Madrid

Voy a empezar imaginando un destino final más que previsible para estas páginas. Ya estoy viendo a Teo —lo sé, lo sé, debería decir aquí Teodosio Fernández, pero no me sale: entre nosotros él siempre ha sido Teo, yo Edu: y así sigue siendo después de treinta y cinco años— levantando una ceja, seguramente resoplando un poco, con un gesto de incomodidad al leer un texto dedicado a su figura en una sección llamada “Lecciones y maestros”. Nunca le gustó que lo llamaran maestro, mucho menos que nadie se declarase su discípulo. Espero entonces que en las líneas que siguen queden disimuladas la gratitud y admiración desde las que se escriben.

Fui su alumno en 1984, en la Universidad Autónoma de Madrid, cuando Filología Hispánica era una carrera de cinco años y los cursos eran anuales, lo que permitía impartir y recibir clases sin las urgencias que imponen los semestres de cuatro meses en los que nos movemos ahora. Hacía dos años que se había incorporado a la UAM como catedrático de Literatura Hispanoamericana, desde su puesto de profesor agregado interino en la Universidad Complutense de Madrid. Sus clases y mi descubrimiento y fascinación por la literatura de Juan Carlos Onetti me decidieron a pedirle que me dirigiera la memoria de licenciatura —la tesina— y, tras ella, la tesis. Un poco más tarde, en 1992, mi incorporación al departamento de Filología Española de la UAM dio continuidad a una relación que dura hasta hoy y en la que Teo jamás permitió el trato jerárquico. Ese contacto ha supuesto para mí un aprendizaje continuo que se inició con el descubrimiento, ya en sus clases de licenciatura, de una manera de leer los textos y de abordar la crítica que traté de asimilar y a la que he intentado atenerme en la mayor medida posible hasta hoy,

aunque sin duda siempre me quedé lejos del rigor y la profundidad que Teo siempre desplegó en sus lecturas.

En 1984, dentro del plan de estudios de Filología Hispánica de la Universidad Autónoma de Madrid, la presencia de la Literatura Hispanoamericana se limitaba a una optativa de cuarto año de carrera. Hoy, con tres troncales y tres optativas, está presente en todos los cursos del grado, se imparten varias asignaturas de posgrado y otras materias de la disciplina se incluyen en otros grados y másteres de la Facultad de Filosofía y Letras. En 1984 Teo era el único profesor del área, hoy somos cuatro los que la enseñamos. Esta expansión no se explica sin su trabajo decidido e incansable para lograr el reconocimiento de esta disciplina dentro de las literaturas hispánicas; la necesidad de lograr la superación de su consideración un tanto subsidiaria respecto a la literatura española, como así quedaba plasmado hasta entonces en los programas de estudios. En la UAM impulsó esa labor desde su puesto de director de departamento en dos periodos diferentes (1985-1986 y 1994-2000), como decano de la Facultad de Filosofía y Letras entre 1986 y 1989 y como representante en diversos órganos de gobierno durante muchos años. Estas tareas nos hablan de una dedicación y entrega a la gestión universitaria intensa y constante —sin abandonar nunca sus clases, direcciones de tesis y otras labores académicas—. Sin ellas, la situación de la Literatura Hispanoamericana en la UAM sería muy diferente, un logro del que algunos nos hemos beneficiado.

Su papel en el reconocimiento de la importancia y significación del hispanoamericanismo traspasa con mucho el ámbito de la Autónoma de Madrid. Creo que es justo reconocer que los docentes de Literatura Hispanoamericana de mi generación, los que ya hace unos años hemos entrado “en la flor de la edad, la cincuentena”, como los protagonistas de las radionovelas del inolvidable Pedro Camacho de *La tía Julia y el escribidor*, tenemos una deuda con una generación de profesores de diferentes universidades españolas que en los albores de los noventa decidieron dar respuesta conjunta a la necesidad de actualizar los estudios literarios hispanoamericanos, tejer redes de colaboración nacionales e internacionales e impulsar y dar a conocer las trayectorias de muchos jóvenes investigadores que por aquellos tiempos estábamos dando los primeros pasos en este campo. El ejemplo más claro de este proyecto fue la creación en 1992

de la Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos (AEELH), nacida por iniciativa de un grupo de catedráticos y profesores titulares de Literatura Hispanoamericana y que a día de hoy ha celebrado (desde 1994) trece congresos internacionales, tiene cerca de doscientos miembros provenientes de todo el mundo y cuenta con un buen número de publicaciones entre revistas, actas y monografías. Teo desempeñó aquí de nuevo un papel fundamental. Integrante del grupo fundador, fue también su primer presidente entre 1993 y 1998, años en los que consolidó su puesta en marcha y funcionamiento. Tras dejar la presidencia, sigue siendo su director de publicaciones y ha formado parte en diversos periodos de la junta directiva. Los que hemos asistido a todos los encuentros de la AEELH desde sus inicios hemos podido apreciar el gran crecimiento de esta disciplina en España y el reconocimiento y repercusión internacionales cada vez mayores de sus aportaciones, gracias al trabajo de varias generaciones que crecieron bajo el paraguas de aquellos que, como Teo, empezaron a trazar un camino que continúa hoy muy vivo.

La parte más difícil de este texto se cifra en el dilema de ilustrar, con un mínimo de rigor, la magnitud, importancia y alcance de sus monografías, ediciones y artículos sin ocupar unas cuantas decenas de folios; decidir por dónde empezar a valorar una carrera que atesora —por favor, no me pidan que sea preciso al cien por cien— seis libros, nueve ediciones críticas y más de doscientos artículos en revistas y obras colectivas; que incluye la dirección, coordinación y asesoría de proyectos como la *Historia de la literatura hispanoamericana* (1995), de la Editorial Universitas, el *Diccionario de literatura española e hispanoamericana* (1993), de Alianza Editorial, o la magnífica colección *Escritores de América* que dirigió para la editorial Anaya & Mario Muchnik. A ello se añade la dirección de más de cuarenta tesis —con sus correspondientes memorias de licenciatura, trabajos de estudios avanzados y trabajos de fin de máster— y la impartición de un buen número de cursos de posgrado en universidades españolas, europeas y americanas. Ha dictado más de doscientas conferencias en universidades e instituciones de todo el mundo, dirigido tres proyectos de investigación y participado en otros diez, y es miembro de comités científicos de revistas de España, Italia y Francia. Junto a todo ello, en 2001 fue nombrado miembro correspondiente de la Academia Chilena de la Lengua.

Como crítico, no hay un solo rincón de la historia literaria hispanoamericana al que no haya dedicado trabajos siempre iluminadores, cualquiera sea la época o el género: la literatura colonial, el siglo XIX, el XX y la literatura actual, crónicas, poesía, teatro, narrativa y ensayo; en todos estos campos ha dejado un buen número de estudios de referencia obligada. Ante esta selva espesa, no tengo más remedio que destacar tan solo algunas de las líneas que, me parece, dibujan con mayor nitidez el enorme valor de su trayectoria.

En primer lugar, destacaría su papel pionero en los estudios sobre teatro hispanoamericano. Defendió su tesis doctoral sobre el teatro chileno en 1977 —luego publicada en 1982 en la editorial Playor: *El teatro chileno contemporáneo*—. En ese momento, los trabajos sobre la dramaturgia en Hispanoamérica eran muy escasos y ese libro supuso el inicio de su revitalización. Posteriormente, ha analizado la obra dramática de Egon Wolf, Fernán González Eslava, José Ricardo Morales, Tirso de Molina y García Lorca y sus relaciones con América, Carlos Fuentes, Vargas Llosa, Jorge Icaza o Sor Juana Inés de la Cruz; sin olvidar otros trabajos panorámicos sobre teatro argentino y chileno, así como sus capítulos sobre teatro en los manuales de Historia de la Literatura Hispanoamericana de las editoriales Universitas (1995) y Cátedra (2008).

El siglo XIX, su literatura y su historia intelectual, con especial atención a la tradición argentina, constituye otro de los campos donde sus aportaciones han sido más constantes y significativas. Ha editado para la editorial Cátedra *Amalia* (2000), de José Mármol, y *Sin rumbo* (2014), de Eugenio Cambaceres; y para Ediciones de Cultura Hispánica *Garduña* (1996), de Manuel Zeno Gandía. En breve aparecerá su edición de *Una excursión a los indios ranqueles*, de Lucio V. Mansilla, en la colección de Clásicos Hispanoamericanos de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Fue responsable del volumen *Teoría y crítica literaria de la emancipación hispanoamericana* (1997); en 1989 escribió para la editorial Taurus la monografía *La poesía hispanoamericana (hasta el final del modernismo)*, y se encargó asimismo del capítulo dedicado a la literatura del siglo XIX dentro del citado manual de *Historia de la literatura hispanoamericana* de la editorial Universitas. En sus artículos sobre este periodo ha analizado también la obra de Gertrudis Gómez de Avellaneda, Andrés Bello, Eduardo L. Holmberg o José Mármol, y profundizado en

temas como el paisaje en la literatura romántica, la novela decimonónica en México o las visiones europeas de la Hispanoamérica del XIX. El indigenismo ha ocupado también una parcela significativa de su obra crítica; así lo ilustran su edición de *Huasipungo* (1994), de Jorge Icaza, y los trabajos sobre figuras como el propio Icaza o Alcides Arguedas y asuntos como las relaciones entre mito y literatura en las letras indigenistas, el trasfondo ideológico del indigenismo y el indigenismo en el México posrevolucionario.

Rubén Darío —sobre el que escribió, además de numerosos artículos, una biografía publicada en 1987 por Historia 16— y el modernismo —en especial José Martí—; la vanguardia —Vicente Huidobro, Jorge Carrera Andrade, Nicolás Guillén, Juan Battle Planas, el surrealismo o las relaciones entre poesía y pintura— y en general la poesía del siglo XX —que revisó en *La poesía hispanoamericana del siglo XX* (Taurus, 1989) y en el volumen del mismo título publicado por Anaya en 1991—; el *Quijote* y América; Roberto Arlt, con su edición para Alianza Editorial de *El criador de gorilas* (1994); y por supuesto Jorge Luis Borges, una de sus confesadas pasiones, cuya obra ha abordado en más de veinte artículos, son algunos de los autores, temáticas y movimientos literarios que han ocupado un lugar central en una producción imposible de resumir con un mínimo detalle.

La enormidad de su obra crítica, que atraviesa la historia de la literatura hispanoamericana desde las crónicas y las letras coloniales hasta los tiempos recientes en todos sus géneros, y la lucidez y rigor de los que siempre hizo gala en sus análisis, explican esa visión de conjunto, llena de hallazgos, que puede rastrearse en sus textos: su capacidad para tender hilos y puentes entre diferentes épocas y países, detectando los relatos, discursos y conceptos que han constituido las ideas-fuerza de esta tradición; presentes en todo momento pero que unas veces funcionaron en la superficie y otras en cambio operaron de manera latente y subterránea: una mirada global que se aprecia singularmente en sus trabajos dedicados a la historia de las ideas en Hispanoamérica, fundamentalmente en *Los géneros ensayísticos hispanoamericanos* (1992); en los capítulos dedicados al ensayo de la *Historia de la literatura hispanoamericana* (Universitas 1995); en *Literatura hispanoamericana: sociedad y cultura* (1998), y en los artículos “El resurgir de la conciencia hispánica en la literatura hispanoa-

americana del siglo XX” (1993), “Identidad y literatura en Hispanoamérica” (1993), “La generación del novecientos y los discursos de identidad” (2009) o “Cervantes y el *Quijote* en la búsqueda de la identidad cultural hispanoamericana” (2010).

Sus estudios, fruto de un conocimiento enciclopédico de la historia literaria —no solo hispanoamericana— que nunca cayó en la exhibición erudita espuria, nos dejan una forma de leer que, para mí, constituyó un modelo a seguir ineludible. Siempre el texto en primer lugar; y a partir de ahí la lectura crítica consistiría en despejar capas de sentido, desvelar conexiones con otros discursos y hacer visibles las dinámicas históricas y culturales que confluyen en él. La Teoría de la Literatura, útil pero a la distancia justa y nunca como una manera de imponer una significación a la obra previa a su análisis minucioso. Tan simple pero tan difícil. Una manera de pensar la literatura y su crítica que descubrí ya en sus clases hace treinta y cinco años, que he podido disfrutar todo este tiempo y de la que he procurado no alejarme. Esa ha sido para mí la mejor y más importante “lección” de este “maestro”. No quiso crear escuela, pero la fortuna de haber podido compartir con él clases, debates e intercambios alrededor de la literatura deja, inevitablemente, huella. Estoy seguro de que lo mismo piensan los que se formaron con él y ahora son profesores en universidades de España, Europa, América y Asia.

El 1 de septiembre de 2019 se ha jubilado, aunque “para su edad esté bastante bien” (disculpen la broma privada). Afortunadamente, seguirá con nosotros como profesor emérito en el departamento de Filología Española de la Universidad Autónoma de Madrid, burlándose de nosotros, de mí, cuando me queje del trabajo y de las infinitas tareas: “Tú eres joven”, me seguirá diciendo, seguro —aunque cada vez lo soy menos—. Y seguiremos escuchándole su sentencia favorita, aquella con la que siempre cierra las discusiones inútiles: “No somos nada”. Es verdad Teo, pero a partir de ahora, sin ti en primera línea, vamos a ser un poquito menos.